



Memoria Académica

compartimos lo que sabemos
UNLP-FaHCE

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5





POLÍTICA, LECTURA Y MATERIALIDAD. ITINERARIOS DISCURSIVOS EN TORNO A UNA NUEVA CONSTRUCCIÓN DE LO POLÍTICO DESDE LA HISTORIA DEL LIBRO Y LA LECTURA¹

JUAN PABLO G. LAPORTE

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOTECOLÓGICAS-
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS Y FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES (UBA)

Desde que en la Grecia antigua intentaron “hacer político” el pensamiento, los autores y lectores creyeron que la transmisión de los contenidos de las obras y su lazo conectivo estaba dado por la “naturalidad” de la relación autor-filósofo/lector (Cavallo y Chartier, 1997).

La oralidad y la plasmación en los primeros escritos compartían un universo de teatralidad expositiva que era indiferente a las particularidades de cada uno. Lo que se hablaba y lo que se escribía era una palabra/mensaje que intentaba expresar cómo debía organizarse el hombre en tanto “sociable”.

Durante la Edad Media el hombre fue esclavo como copista del escrito, en tanto este era la expresión de un sistema de dominación descendente e indiscutible tanto en la esfera privada como en la esfera intermedia de la colectividad –esto es, en ese espacio compartido que no llegaba a ser social (Darnton 1984 y Ginzburg 2010). Este espacio coral mostraba una independencia de las obras respecto del sistema incipiente de edición artesanal.

Llegado al umbral de la modernidad el lector seguía siendo concebido como un sujeto pasivo frente a la materialidad del texto y de las formas de leer (Barthes 2009).

Con el tiempo, el lector se transforma en el centro de la relación de este con el autor y con el sistema de edición. El lector se entrega profundamente en el acto de leer ya que la “la lectura es una puesta en escena del cuerpo” (Barthes 2009).

En este período estudiado comienza a entenderse la interrelación del entramado interdependiente que da lugar a la cultura impresa y a una nueva definición del libro y de la obra como soporte material, entendiendo el primero como “una estructura material

¹ Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto UBACYT Código 20020100200004: "Historia de la Edición y de la Lectura desde los Espacios Públicos e Institucionales. La Participación de la Ciudadanía en el Ámbito de la Cultura Impresa en la Argentina", dirigido por el Dr. Alejandro Parada.



donde confluyen las voluntades creadoras de muchos” y una obra como “una tarea compartida entre el autor, la corporeidad física donde se ‘posiciona’ el texto, los universos interpretativos y las prácticas de los lectores, y aquellos que ‘hacen’ a la construcción y a la distribución de la cultura impresa (tipógrafos, editores, libreros, bibliotecarios)” (Parada 2009).

Pero es en esta etapa que cobra sentido analizar la irrupción cualitativa y cuantitativa de una nueva forma de concebir el texto y su lectura: ahora ambos (texto y lectura) no tan sólo articulan la incipiente esfera privada y su interdependencia con lo colectivo (Elias 1982), sino también le dan a lo político como pensamiento su verdadera esencia: la materialidad textual de las ideas.

Las ideas adquieren su “esencialidad material” en tanto puedan ser comunicables. Este formato de comunicación trasporta la privacidad del pensar lo pre-político en su realización política completa: las ideas materializadas en los textos. Este es el nacimiento de las ideas en tanto políticas y de la teoría política como ciencia del poder (Petrucci 2002).

Para reforzar lo antedicho, entendemos que las ideas no encuentran su razón de ser en cuanto políticas, sino es por su materialidad textual que las transporta de la esfera privada de la intimidad a la esfera pública de la publicidad. Esta “esfera pública política” (Habermas 1961) legitima desde la textualidad las ideas pre-políticas de la privacidad.

Este pasaje colectivo de las ideas se sustenta en la afirmación de Kant: “Entiendo por uso público de la propia razón, el que alguien hace de ella, en cuanto docto, y ante la totalidad del público del mundo de lectores” (Kant 1784).

Aquí, el arribo de la ciencia política ingresa al mundo del conocimiento con su objeto constituido por un pensamiento material en tanto es sujeto a las formas de la “libricidad” –conjunción entre la materialidad textual y el contenido discursivo– y esta materialidad se inscribe en una relación desigual de dominación (Foucault). El que lee, o está reproduciendo un discurso que consolida el sistema por el cual está siendo oprimido o lee en una esfera íntima de descontento que, traducida a la deslegitimación en el espacio político, intenta “crear” un nuevo sistema. Esta vía de cambio fue



históricamente revolucionaria en tanto en estos periodos, el pensamiento se agudiza y consolida como político (Kupiec 2008).

Esta materialidad del escrito refuerza y es reforzada por el modo de producción capitalista, dando lugar al concepto de capitalismo textual.

Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas*, escribiendo en torno al nacimiento del nacionalismo a fines del Siglo XVIII tanto en Europa como en Hispanoamérica, introduce una serie de conceptos que serán de suma utilidad para la construcción de otro de los pilares de nuestra interpretación.

Luego de criticar en profundidad los intentos de construir una ideología del nacionalismo como tal, comienza por definir a una nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”. Es una comunidad porque establece lazos entre los hombres que la habitan. Limitada porque encuentra sus contornos en las fronteras lejos de todo universalismo. Soberana “porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado” (Anderson 1983). Aquí se conecta con nuestra hipótesis central en donde esta construcción de “lo nacional” actúa en paralelo con la nueva legitimidad política textualizada.

¿Cómo se fueron configurando estas comunidades imaginadas a medida que se estructuraba la modernidad a partir de la textualización de las ideas para transformarlas en políticas? La respuesta es contundentemente interesante: “la comunidad imaginada se confirma por la doblez de nuestra lectura acerca de nuestro joven que lee” (Anderson 1983: 56). Pero este lector se siente unido a un público lector más amplio que lee en simultáneo y los mismos textos leídos por él.

Se empieza a configurar el capitalismo textual ya que el libro es el primer producto moderno de la industrialización y tuvo una trascendencia fundamental en la difusión de las ideas y su relación con el desarrollo europeo (Anderson 1983).

Las relaciones pasan de la esfera privada de la lectura en la intimidad, a la construcción de una nueva legitimidad política en la publicidad de lo escrito en el espacio público. Esa circularización de las ideas textualizadas se logran con un sistema económico que impulsaba su materialidad en el universo del mercado pero que al mismo tiempo lograba una nueva forma de relacionarse. Porque es el capitalismo impreso “el que



permitió que un número rápidamente creciente de personas pensaran acerca de sí mismos, y se relacionaran con otros, en formas profundamente nuevas” (Anderson 1983).

Podríamos preguntarnos: ¿hubo una clase depositaria de la “modernidad textual”? Siguiendo los trabajos de Jürgen Kocka podríamos sostener en este planteamiento, que las clases medias jugaron un rol importante en esta construcción (Kocka 2002).

La constitución de esta clase podría dar un acercamiento a la respuesta según este autor:

mercaderes, manufactureros, banqueros, capitalistas, empresarios y gerentes, así como rentistas y sus familias.....comprende también a las familias de doctores, abogados, ministros, científicos y otros profesionales, profesores universitarios y de escuelas secundarias, intelectuales, hombres y mujeres de letras y académicos, incluyendo aquellos que sirven como administradores en las burocracias públicas y privadas... (Kocka 2002).

Históricamente fue la aparición de la prensa el segundo vehículo comunicativo para la publicidad colectiva de tales ideas textualizadas, encontrando otro formato identitario para darles su “politicidad”. Al decir de Hegel citado por Anderson, los periódicos son el “sustituto de la plegarias matutinas” (Anderson 1983). Cada mañana los lectores encontraban su conexión con la representación colectiva a través de las opiniones vertidas en la prensa y la transformaban en políticas en tanto cuestionaban la legitimidad y proponían un cambio en el sistema de dominación.

Finalmente, estas ideas encuentran su plenitud textual, al ser insertas en un complejo mucho más amplio y ambicioso de la nueva legitimidad: el sistema educativo (Foucault). Es en este sistema de formación ciudadana donde encontramos la consumación de la pretensión revolucionaria original, que es la inserción de aquellas ideas a lo largo de la vida del nuevo ciudadano moderno. La educación cobra un papel central en el análisis ya que “todo sistema de educación es una forma política de mantener o de modificar la adecuación de los discursos, con los saberes y los poderes que implican” (Foucault 1970).

Entendemos entonces, como hemos intentado demostrar en otros trabajos, que las “ideas políticas asumen la identidad de tales en función de su ‘textualidad líbrica’ y adquieren su plenitud en su distribución como sujetos ‘prensables’ y su plasmación en la educación, dando lugar al sustento de legitimación de la modernidad política.”



Es el texto/libro como vehículo de las ideas políticas el que las hace tales, entendiendo este instrumento como mediatizado por el complejo editor y completado en su sentido y representación por un lector en un momento y un lugar determinado. Lector o lectores que “coralmente” le configuran un sentido identitario interpretativo.

Es en esta modernidad en donde los “flujos mentales de lo político” adquieren su identidad de ideas políticas, en tanto estas puedan ser transportadas –desde la materialidad del texto y a través de un sistema de edición y de diferentes formas del leer– de la esfera privada de la intimidad a la esfera pública de la publicidad (Habermas 1994).

¿Que aportaría este nuevo enfoque del pensar lo político? Primeramente, un replanteo de cómo se forman las ideas políticas que ya vienen condicionadas por dos niveles de interdependencia: el psico-neuro-lingüístico que es analizado por las neurociencias y por otra parte las condiciones materiales del contexto económico–cultural que se expresan en el capitalismo textual (Anderson). Ambas esferas se constituyen a través de la materialidad del libro y la lectura, mediatizadas por el complejo de edición.

Esto es, el pensar es constituido por la lectura a través del libro material que forma el lenguaje y el sistema lógico del pensamiento de lo pre-político, y la expresión de este en lo textual constituye las ideas políticas como tales en el mundo colectivo.

La apropiación que hacen lectores de los textos políticos en sus diferentes formas del leer y que han sido mediatizadas por el complejo editor y transportadas al texto/libro es el centro del entendimiento del pensar lo político a través de la historia del libro y la lectura. Esto es, los lectores actúan como intermediarios activos entre las ideas ya políticas por la textualidad que le otorga el libro y el mundo político en su afán de ser conservado o transformado.

Queda allanado el camino para recorrer el interesante itinerario multidisciplinario y espiralado desde las ideas, pasando por los sistemas de pensamiento (Foucault 1970) y las mentalidades hasta llegar al concepto de representación colectiva (Chartier 1991) para arribar a un nuevo concepto de representación política, desmantelando la “ilusión de la representación”.

La ilusión de la representación política



Desde la antigua Grecia, la idea de representación política atravesó la filosofía y la teoría política hasta la modernidad, en donde se definen los postulados básicos que acompañan al pensamiento económico burgués y su realidad material de reproducción: el capitalismo.

El mismo Engels en su libro *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* al analizar la población ateniense, sostiene la imposibilidad de una representación directa sin delegación. Por lo tanto la democracia se ejercía a través de una clase gobernante seleccionada a tal fin.

Muchos autores –León Duguit, Max Weber, Giovanni Sartori, Hanna Fenichel Pitkin, entre otros– coinciden en diferentes formas de representación con un hilo conductor indiscutible –y por cierto pobre: hacer presente a aquellos que están ausentes.

Todos los autores se enmarcan en una concepción en donde la estructura social, económica y cultural se encuentra dada y aceptada como tal, sin analizar o por lo menos mencionar, que esa representación es el reflejo político y cultural de un discurso dominante y económicamente “estructurante”. Esto es, la representación política es la ilusión del representado de estar trasladando su “visión del mundo” a la esfera de lo público, cuando en realidad está reproduciendo desde el discurso que legitima y del poder que delega, una estructuración de dominación lingüística, cultural y económica que lo condiciona.

Si bien el propio Marx y la continuidad de su pensamiento concibió esta situación como de superestructura en espejo de la estructura real –la económica–, no se encuentra una teorización en donde lo cultural, lo discursivo y lo textual sostengan los pilares de la ilusión de la representación.

Desde nuestra visión, la representación política es la forma en la que las comunidades de un territorio dado comprenden y aprueban que el poder político esté siendo ejercido de acuerdo con sus creencias culturales legadas de su historia cultural y lingüística que devienen por aprobación en legítimas. Esta legitimación entra en duda cuando el sistema de creencias se modifica y cuestiona las formas y contenidos políticos establecidos, manifestando un descontento pacífico o violento y proponiendo desde lo textual y lo discursivo, nuevos relatos en sustancia y forma que devendrán en una nueva representación aceptada.



Bibliografía

- Anderson, Benedict (1983). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE.
- Goldmann, Lucien (1955). *Le dieu Caché. Étude sur la Vision Tragique dans les Pensées de Pascal et dans le Théâtre de Racine*, París, Gallimard.
- Barthes, Ronald (2009). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós.
- Burke, Peter (1993). *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza.
- Kocka, Jürgen (2002). “Las Clases medias en Europa”. *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (dir.) (1997). *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Buenos Aires, Taurus.
- Chartier, Roger (1991). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa.
- _____ (1993). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza.
- _____ (2000). *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la edad moderna*, Madrid, Cátedra.
- _____ (2005). *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México: Universidad Iberoamericana. Departamento de historia.
- Chiaramonte, Juan Carlos (1997). *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel Historia.
- Darnton, Robert (1994) (1984). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la lectura francesa*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Elias, Norbert (1982). *La Sociedad Cortesana*, Buenos Aires, FCE.
- Engels, Federico (2004). *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Buenos Aires, Ediciones Nuestra América.
- Ginzburg, Carlo (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (1970). *El orden del discurso*, Buenos Aires, Tusquets Editores.
- Habermas, Jürgen (1994). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili.



- Kant, Immanuel (2004). *Qué es la Ilustración*, La Plata, Caronte Filosofía.
- Kupiec, Anne (2008). *Karl Mannheim. Ideología, utopía y conocimiento*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- McKenzie, Donald Francis (1991). *La bibliographie et la sociologie des textes*. Préface de Roger Chartier, Paris, Éditions du Cercle de la Librairie. [Versión al español: McKenzie, D. F. (2005). *Bibliografía y sociología de los textos*, Madrid, Akal].
- Nair, Tom (1977). *The Break-up of Britain*, Londres, New Left Books.
- Parada, Alejandro E. (2007). *Cuando los lectores nos susurran: libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*, Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- _____ (2009). *Los orígenes de la biblioteca Pública de Buenos Aires. Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la revolución de mayo (1819-1826)*, Buenos Aires. Instituto de Investigaciones bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Petrucchi, Armando (2002). *La ciencia de la escritura: primera lección de paleografía*, Buenos Aires, FCE.
- Venturi, Franco (1974). *Utopia e Riforma nell'Illuminismo*, Turín, Einaudi.